

á la escena es otro de sus esfuerzos que lo prueba. El objeto que ha intentado conseguir en el drama **MARÍA TUDOR** es el siguiente: presentar una reina que sea mujer, grande como reina y verdadera como mujer.

Ya lo ha dicho el autor en otras partes. El drama como él lo concibe, como quisiera que le crease un hombre de génio; el drama que corresponde al siglo diez y nueve, no es la tragicomedia altiva, desmesurada, española y sublime de Corneille. No es la tragedia abstracta, amorosa, ideal y elegíaca de Racine; no es la comedia profunda, sagaz, penetrante, pero implacablemente irónica, de Moliere; no es la tragedia con intencion filosófica de Voltaire; no es la comedia con la accion revolucionaria de Beaumarchais; es más que todo eso, pero con todo eso. No exponer por una sola cara sistemáticamente las cosas á la misma luz, como hacian esos grandes hombres; es miraras completas á la vez, por todas sus partes y con todas sus luces. Si existiera un hombre que pudiera realizar el drama como nosotros le comprendemos, su drama seria la expresion del corazon, de la cabeza, de la pasion y de la voluntad humanas; resucitaria el pasado en beneficio del presente; confrontaria la historia de nuestros padres con nuestra historia; mezclaria en la escena todo lo que está mezclado en la vida. A este drama, que serviria á la multitud de perpétua enseñanza, todo le seria lícito, porque por su misma esencia no abusaria de nada. Traspasaría tal lealtad, serian tan notorias su elevacion, su utilidad y su recta conciencia, que nunca le acusarian de buscar los efectos, sino de buscar una moralidad ó una enseñanza. Podria presentar á Francisco I en casa de Magdalena sin ser sospechoso; podria, sin alarmar á los hombres más severos, hacer que el enamorado Didier se compadeciese de Marion; podria, sin ser tachado de enfático y de exagerado, como lo ha sido el autor de **MARÍA TUDOR**, clavar durante el tiempo necesario en la escena, con su terrible realidad, el formidable

triángulo que aparece frecuentemente en la historia: una reina, un favorito y un verdugo.

El hombre que crease semejante drama necesitaria dos cualidades: conciencia y génio. El autor de esta obra sabe muy bien que solo posee la primera, pero no por eso dejará de continuar el camino emprendido, deseando que otros vayan más adelante que él. En la actualidad un público inmenso, cada dia más inteligente, simpatiza con las tentativas serias que se hacen en el arte. En la actualidad la crítica elevada ayuda y anima al poeta. El autor de este drama, seguro de que el progreso es el porvenir; seguro de que á falta de talento, su perseverancia se le tendrá en cuenta un dia, dirige sus miradas serenas, confiadas y tranquilas á la multitud que todas las noches presencia sus obras incompletas, curiosa, atenta y con ansiedad. Ante la multitud, conoce la responsabilidad que pesa sobre él y la acepta tranquilo. En sus trabajos para la escena no pierde ni un solo dia de vista al pueblo que el teatro civiliza, á la historia que el teatro explica, ni al corazon humano que el teatro aconseja. Mañana abandonará la obra terminada por la obra que irá á comenzar; saldrá de entre el público para volver á su soledad, soledad profunda, á la que no llega ninguna influencia nociva del mundo exterior, en la que su amiga la juventud entra alguna vez á estrecharle la mano, en la que se encuentra solo y cara á cara con su pensamiento, con su independencia y con su voluntad. Entonces, más que nunca, le complacerá esta soledad, porque en ella puede trabajar tranquilamente en favor de la muchedumbre; entonces, más que nunca, alejará su pensamiento de la sociedad, porque conoce que hay algo superior á la reunion de gentes, y este algo superior son los partidos; algo superior á los partidos, y este algo superior es el pueblo; algo superior al pueblo, y este algo superior es la humanidad.

17 Noviembre 1833.

MARÍA TUDOR

PERSONAJES

MARÍA, REINA DE INGLATERRA.

JUANA, HIJA Y HEREDERA DE LORD TALBOT.

GILBERTO, SU AMANTE.

FABIANO FABIANI, FAVORITO DE MARÍA.

SIMON RENARD, EMBAJADOR DE ESPAÑA.

JOSUÉ FARNABY, LLAVERO DE LA TORRE DE LÓNDRES.

UN JUDÍO.

LORD CLINFON.

LORD CHANDOS.

LORD MONTAGÚ.

ENEAS DULVERTON, CONDESTABLE.

LORD GARDINER, CANCELLEER.

UN CARCELERO.—CORTESANOS.—PAJES.—GUARDIAS.—

EL VERDUGO.

La escena es en Lóndres, año de 1553.

JORNADA PRIMERA

El hombre del pueblo.

Plaza solitaria á orillas del Támesis: un viejo paredon arruinado oculta la orilla del rio; á la derecha se vé una casa de pobre apariencia; en el ángulo que forma esta casa hay una pequeña estátua de la Virgen, á cuyos piés arde una lámpara dentro de una reja de hierro. En el fondo, y más allá del Támesis, se vé Lóndres, en el que se distinguen dos grandes edificios, la Torre y el palacio de Westminster. Empieza á anochece.

ESCENA PRIMERA.

Varios grupos de hombres en la playa, entre los que están SIMON RENARD, el BARON CHANDOS, LORD CLINFON y LORD MONTAGÚ.

CHANDOS. Teneis razon, milord. Preciso es que ese maldito italiano haya hechizado á la reina: no puede pasar sin él; para él solo vive, solo para él está alegre, solo á él escucha. El dia que no le vé, sus ojos se amortiguan y está triste como en la época que amaba al cardenal Polus.

SIMON. Está tan apasionada y tan celosa como entonces.

CHAN. No hay duda de que el italiano la ha hechizado.

MONTAGÚ. A propósito de eso; se dice

TOMO III.

que los de su nacion preparan filtros para que las mujeres se enamoren.

CLINFON. Los españoles son hábiles para componer filtros que matan y los italianos para componer filtros que hacen amar.

CHAN. Fabiani es á la vez español é italiano; la reina está enamorada y enferma, y debe haberla hecho beber los dos filtros.

MONT. ¿Pero ese hombre es italiano ó español?

CHAN. Parece que nació en Italia, pero que se educó en España, y pretende pertenecer á una ilustre familia española.

CLIN. Ese aventurero ni es español ni es italiano, pero mucho menos inglés, á Dios gracias; esos hombres que no tienen patria, no tienen nunca compasion del pobre pais en el que llegan á ser poderosos.

MONT. Deciais, milord Chandos, que la reina está enferma; pero esto no es obstáculo para que pase la vida alegre con su favorito.

CLIN. Es verdad. Mientras ella rie el pueblo llora, y el favorito está harto de riquezas y de honores. La reina le ha dado posesion de los bienes de lord Talbot, le ha hecho conde de Clanbrasil y baron de Dinarmond; pero ese Fabiano ó Fabiani, que se dice descender de la

familia española de Peñalver, miente. Es par de Inglaterra como nosotros; está condecorado con la orden de la Jarretiera, como el infante de Portugal y como el rey de Dinamarca, y es un tirano que nos gobierna desde el lecho de la reina. Jamás Inglaterra sufrió yugo tan pesado. Soy viejo, milores; he visto mucho y puedo hablar. En Tiburn hay setenta horcas nuevas; las hogueras están siempre ardiendo y nunca se apagan; el hacha del verdugo se afila todas las mañanas y por la tarde ya está embotada; cada día cortan la cabeza á algun gentil-hombre. Milores, es una vergüenza y una ignominia que tantos ingleses honrados y nobles mueran por el capricho de un miserable aventurero que ni siquiera es hijo de este país. Decís que pasan los dos la vida alegre; yo diría que pasan una vida infame. ¡Se divierten mientras el verdugo hace viudas y huérfanos! ¡Su guitarra italiana suena al compás del ruido de las cadenas! La reina hace venir cantores de la capilla de Avignon; todos los días dá en palacio funciones musicales, comedias y bailes... Los ingleses deseamos que haya menos alegría en las habitaciones de la reina y menos duelos en nuestras casas; menos farsantes en palacio y menos verdugos en Lóndres; menos teatros en Westminster y menos cadalsos en Tiburn.

MONT. Cuidado con lo que decís, lord Clinfon, que nosotros somos vasallos leales y no queremos ir contra la reina, sino contra Fabiani.

SIM. (Poniendo la mano en el hombro de LORD CLINFON.) Paciencia, milord.

CLIN. Fácil es que la tengais vos, Simon Renard, que sois bailío de Amont en el Franco-Condado, súbdito del emperador y su legado en Lóndres; vos que representais aquí al príncipe de España, futuro marido de la reina, y vuestra persona es sagrada para el favorito, pero las nuestras no lo son. (Anochece.)

SIM. No odio menos á ese hombre que vosotros. Vosotros temeis por vuestra vida y yo por mi crédito. Obro y callo, manifiesto menos cólera, pero le aborrezco más. Yo destruiré al favorito.

MONT. Es difícil empresa. Todos los días estoy pensando en eso.

SIM. No es de día cuando se levantan y caen los favoritos de la reina, sino de noche.

CHAN. Pues ésta es oscura y borrascosa,

SIM. A mí me parece á propósito para lo que yo quiero intentar.

CHAN. Qué proyectos teneis?

SIM. Ya lo sabreis. Milord Chandos, cuando reina la mujer, el capricho es el que reina, y entonces la política no está sujeta al cálculo, sino á la casualidad. No es posible contar con nada; por el día de hoy no se puede deducir lo que sucederá mañana, y los negocios no se juegan al ajedrez, sino á cara ó cruz.

CLIN. Decís bien; pero vamos al caso. Es muy urgente que nos libreis del favorito. Mañana van á decapitar á Tirconnel.

SIM. Si consigo encontrar esta noche á un hombre que busco, Tirconnel mañana por la noche cenará con nosotros.

CLIN. Qué decís! Y Fabiani?

SIM. Teneis buena vista, milord?

CLIN. Tengo buena vista, á pesar de ser viejo y de estar la noche oscura.

SIM. ¿Veis á Lóndres á la otra parte del río?

CLIN. Sí.

SIM. Pues fijaos. Desde aquí se descubre la cumbre y la cima de todos los favoritos; esto es, Westminster y la Torre de Lóndres.

CLIN. Y qué?

SIM. Que si Dios me ayuda, el hombre que en este momento está todavía en palacio, mañana á estas horas estará encerrado en la Torre.

CLIN. Pues Dios os proteja!

MONT. El pueblo le aborrece tanto como nosotros, y estoy seguro que festejará el día de su caída.

CHAN. Nos ponemos á vuestra disposición, señor bailío. Dispone de nosotros: qué hay que hacer?

SIM. (Señalando la casa pobre.) Fijaos bien en esa casa. La ocupa el cincelador Gilberto; no la perdais de vista. Dispensaos con vuestros amigos, pero sin separaros mucho de la casa. Sobre todo no hagais nada sin contar conmigo.

CHAN. Convenido. (Se van por varios lados.)

SIM. No es fácil encontrar un hombre como el que yo necesito.

Se vá. Entran GILBERTO y JUANA, apoyada en el brazo de éste y en dirección á su casa. JOSUÉ los acompaña y vá embozado.

ESCENA II.

JUANA, GILBERTO y JOSUÉ FARNABY.

JOSUÉ. Me separo de vosotros; tengo

que volverme á la Torre á cumplir con mi obligación de llavero. No soy libre como vosotros; el carcelero es una especie de preso. Adios, Juana; adios, Gilberto. Me complace mucho veros tan dichosos; cuándo se celebra la boda?

GILB. Dentro de ocho días.

JOSUÉ. Al día siguiente de Navidad; el día de los deseos y de los aguinaldos. Yo no tengo nada que deseáros, porque es imposible que la prometida sea más hermosa, ni que la quiera más su prometido. Sois muy felices!

GILB. Tú no lo eres, Josué?

JOSUÉ. Ni soy dichoso ni desgraciado, porque yo he renunciado ya á todo.

Mira, Gilberto. (Se desemboza y deja ver un manojito de llaves que cuelga de su cintura.) Llevo las llaves de las prisiones, que hacen ruido sin cesar y que me sugieren toda clase de pensamientos filosóficos. Mientras fui jóven era como los demás; estaba enamorado todo un día, tenia ambicion un mes entero y estaba loco todo el año. Fui jóven en la época de Enrique VIII, que era un hombre tan singular, que cambiaba de mujeres como las mujeres cambian de vestidos. Repudió á la primera, hizo cortar la cabeza á la segunda, hizo abrir el vientre á la tercera; á la cuarta la perdonó, es verdad, pero la arrojó del trono, y en desquite de esto hizo decapitar á la quinta. No creais que lo que digo son cuentos de Barba Azul, sino la historia verdadera de Enrique VIII. En aquella época me comprometí en las guerras de religion, y me batia por unos ó por otros, segun me convenia: la cuestion era muy delicada, porque se trataba nada menos que de ir en pró ó en contra del Papa. Los partidarios del rey ahorcaban á los que iban en favor de aquel y éstos quemaban á los que iban en contra. A los indiferentes, esto es, á los que no iban en favor ni en contra de uno ó de otro, indistintamente se les quemaba ó se les ahorcaba. Yo mismo he sentido la chamusquina muy de cerca, y no estoy muy seguro de que no me hayan ahorcado dos ó tres veces. Era una gran época, igual á la de ahora, con corta diferencia; yo me batia, y que me lleve el diablo si sabia por qué. Ahora, si me vinieran hablando otra vez de Lutero ó del papa Paulo III, me encogeria de hombros. Cuando uno es ya viejo no se debe recordar por qué se batió, como tampoco debe acordarse de las mujeres que enamoraba á los veinte años; porque las preocupaciones y las mujeres de ayer nos parecerian ridículas

las y viejas. Esta es mi historia. Ahora me he retirado de la vida activa, y ni soy soldado del rey ni del Papa; me concreto á ser carcelero de la Torre de Lóndres. No me bato ya por nadie y meto á todo el mundo bajo llave. Ahora tengo un pié en el calabozo y otro en el sepulcro, y recojo todos los pedazos de los ministros y favoritos que se rompen en el cuarto de la reina. Esto es muy divertido: tengo además una hija tierna á quien amo, y á vosotros, que os quiero mucho, y si sois dichosos, yo tambien lo soy.

GILB. Entonces tambien lo eres; ¿no es verdad, Juana? (JUANA está distraida.)

JOSUÉ. Nada puedo hacer para procurarte la felicidad, pero Juana puede hacerlo todo, porque tú la amas. Creo que tampoco te podré prestar nunca ningun servicio, porque felizmente tú no eres un gran señor y nunca necesitarás al llavero de la Torre de Lóndres. Juana te pagará mi deuda al mismo tiempo que la suya, porque los dos te lo debemos todo: ella era una pobre criatura huérfana y abandonada; tú la recogiste y la educaste, y á mí, un día que me ahogaba en el Támesis, me sacaste del agua.

GILB. Para qué me recuerdas eso?

JOSUÉ. Para decirte que por gratitud debemos quererte Juana y yo; yo como un hermano y ella...

JUANA. Como una esposa. Os comprendo, Josué. (Queda abstraída.)

GILB. (Bajo á JOSUÉ.) Mirala; ¿no es verdad que es preciosísima y que mereceria casarse con un rey? Si tú supieses... ¿No puedes figurarte cuánto la idolatro!

JOSUÉ. Pues ten cuidado y sé prudente; á una mujer no se la debe amar tanto como á una hija.

GILB. Qué quieres decir?

JOSUÉ. Nada.—Dentro de ocho días vendré á la boda.—Espero que los negocios de Estado me dejarán alguna libertad, y que entonces todo habrá terminado.

GILB. ¿Qué es lo que habrá terminado?

JOSUÉ. Tú no debes ocuparte de estas cosas; estás enamorado y eres un hombre del pueblo. ¿Qué te importan las intrigas de allá arriba cuando aquí bajo eres tan dichoso? Pero ya que me lo preguntas, te diré que se espera que dentro de ocho días, ó quizá de aquí á veinticuatro horas, la reina reemplace con otro á Fabiano Fabiani.

GILB. Quién es Fabiano Fabiani?

JOSUÉ. El amante de la reina, un fa-

vorito célebre y hermoso, que hace cortar la cabeza á cualquiera por quitame allá esas pajas; el mejor favorito que de diez años á esta parte habrán entregado al verdugo de Lóndres. Ya sabes que éste percibe diez escudos de plata por cada cabeza de gran señor que corta, y á veces doble, cuando es muy ilustre. Figúrate cómo deseará la caída de Fabiani. Verdad es que por las funciones que desempeña en la Torre solo oigo hablar de esto á gentes que tienen muy mal humor y á las que han de cortar la cabeza dentro de pocos días; quiero decir, á los descontentos.

GILB. Dejemos que los lobos se devoren unos á otros, que á nosotros nada nos importa de la reina ni de su favorito. No es verdad, Juana?

JOSUÉ. Han armado una terrible conspiración contra Fabiani, y milagro será que pueda escaparse de ella. No me sorprendería que esta noche tuviese algun mal encuentro; acabo de ver muy pensativo y rondando por cerca de aquí á Simon Renard.

GILB. Quién es Simon Renard?

JOSUÉ. No lo sabes? Es el brazo derecho del emperador en Lóndres. La reina debe casarse con el príncipe de España, y Simon Renard es su legado cerca de ella; la reina le aborrece, pero le teme, y no puede ir contra él. Ya ha acabado con tres ó cuatro favoritos; parece que tenga el instinto de destruirlos, y limpia de vez en cuando el palacio. Es un hombre muy sagaz y muy malicioso, que sabe todo lo que sucede y que interviene en las intrigas subterráneas de todos los acontecimientos. En cuanto á lord Paget... ¿No me has preguntado quién era lord Paget? Pues es un gentil-hombre muy despejado y gran amigacho de Enrique VIII; es miembro del Consejo privado y tiene allí tanto influjo, que los otros ministros no se atreven á respirar delante de él, excepto el canciller lord Gardiner, que le detesta. Este lord es un hombre de genio violento, pero de muy noble cuna. Paget, al revés, es hijo de un zapatero, y le nombraron baron Paget de Beandesert en Sttaford.

GILB. ¡Sabeis de memoria todas esas cosas!

JOSUÉ. Ya lo creo; las aprendo á fuerza de oírse las decir á los presos de Estado.

SIMON aparece en el foro del teatro.

Porque has de saber, Gilberto, que el hombre que sabe mejor la historia de

estos tiempos es el llavero de la Torre de Lóndres.

SIMON. (Que ha oído las últimas palabras.) Oseñañais, amigo mio; el que la sabe mejor es el verdugo.

JOSUÉ. (Bajo á GILBERTO y á JUANA.) Retírenmonos de aquí... es Simon Renard.

SIMON se aleja lentamente.

GILB. Me disgustan esas gentes que están rondando mi casa.

JOSUÉ. ¿Qué diablos vendrá á hacer aquí? Me voy en seguida, porque me parece que me está preparando ocupacion. Adios, Gilberto; adios, Juana.

GILB. Adios, Josué. Pero dime, ¿qué es lo que escondes bajo la capa?

JOSUÉ. Es que yo tambien tengo mi complot.

GILB. Qué complot?

JOSUÉ. Los enamorados de todo se olvidan; os acabo de recordar que pasado mañana es el día de las estrenas y de los regalos. Los cortesanos preparan una sorpresa á Fabiani, y yo tambien preparo una. La reina vá á tomar un nuevo favorito, y yo voy á regalar una muñeca á mi hija, nueva tambien. Veremos cuál de los dos rompe más pronto su juguete. Adios, Josué.

JOSUÉ se vá alejando. GILBERTO toma la mano de JUANA y la besa apasionadamente.

JOSUÉ. (Ya en el fondo.) La Providencia es muy sábia y dá á cada uno su juguete; la muñeca á la niña, la niña al hombre, el hombre á la mujer y la mujer al diablo. (Se vá.)

ESCENA III.

GILBERTO y JUANA.

GILB. Tambien es preciso que yo me vaya. Adios, Juana; dormid bien.

JUANA. ¿No entráis conmigo esta noche como otras veces?

GILB. Esta noche no puedo; tengo que concluir en el taller un trabajo; tengo que cincelar el mango de un puñal para lord Clanbrasil, á quien no conozco, pero que quiere tenerlo para mañana por la mañana.

JUANA. Entonces buenas noches.

GILB. Esperad un instante, que me cuesta mucho esfuerzo separarme de vos, aunque sea por pocas horas. Sois mi vida y mi alegría, pero necesito trabajar porque somos muy pobres, y sin embargo, no tengo fuerzas para irme. Sentémonos un momento en el banco de la puerta,

que así no me será tan difícil marcharme, como si entrase en vuestra casa ó en vuestro cuarto. (Se sientan y coge la mano á JUANA.) Juana, me amas?

JUANA. Sé que todo os lo debo, aunque me lo habeis ocultado durante mucho tiempo. Siendo niña mis padres me abandonaron y vos me recogisteis. Hace diez y seis años que trabajais por mí como si fuérais un padre y que me vigilais como si fuérais una madre. ¡Qué sería de mí sin vos, Dios mio! Todo cuanto poseo vos me lo habeis dado.

GILB. Juana, me amas?

JUANA. Trabajais noche y día por mí: ahora mismo os vais á separar y velareis toda la noche, quizás para satisfacer mis frívolos deseos y mis vanos caprichos. Mientras vos careceis algunas veces de pan, á mí nunca me faltan cintas y adornos.

GILB. Me amas?

JUANA. Quisiera besar la tierra que pisais.

GILB. Todo eso no quiere decir que me ames. Tengo necesidad de que pronuncies esa palabra; no me satisface el reconocimiento ni la gratitud; quiero amor ó nada..., quiero tu amor ó la muerte. Hace diez y seis años que eres mi hija. Pero ahora vas á ser mi esposa: te adopté, quiero casarme dentro de ocho días, y tú me amabas cuando me lo prometiste. Tiempo atrás, cuando te lo preguntaba, levantando los ojos al cielo, me decias: "Te amo!". Quiero que seas siempre así. De algunos meses á esta parte me parece que has cambiado, sobre todo desde que el trabajo me obliga á ausentarme por las noches. Tú, que eras antes tan alegre, estás ahora triste y preocupada, y si no te encuentro indiferente, es porque haces lo posible para no estarlo; pero comprendo que las frases cariñosas no brotan espontáneamente de tus labios como antes. Qué tienes? No me amas ya? Indudablemente soy un hombre honrado y un buen trabajador, pero quisiera ser un ladrón y un asesino si así habia de conseguir que me amases. ¡Si supieras cuánto te adoro!

JUANA. Lo sé, Gilberto, y eso me hace llorar. (Llorando.)

GILB. ¿Lloras de alegría, no es cierto? Necesito creerlo así, porque no hay felicidad en el mundo como la de ser amado. No me retraigas lo que he hecho por tí; dime una sola palabra de cariño y no te acuerdes de la gratitud. Serás mi esposa, no es cierto? Me amas, ¿no es verdad?

JUANA. Qué noble corazón!

GILB. Búrlate lo que quieras de mí, llámame celoso y loco, pero no te ofendas por lo que voy á decirte. Hace ya algun tiempo que veo que rondan esta casa algunos señores: sé que he cumplido treinta y cuatro años, y que es una desgracia para un pobre artesano, que ya no es jóven, que vá mal vestido y que carece de atractivos físicos, amar á una jóven de diez y siete y hermosísima, que atrae á los brillantes caballeros de la corte como la luz á las mariposas. Esto me hace sufrir mucho, pero nunca te he ofendido ni en la imaginación, porque sé que eres honrada y pura, porque sé que solo mis labios se han posado en tu frente. Solo me apesadumbra que te guste demasiado ver pasar algunas veces la comitiva y las cabalgatas de la reina y los hermosos trajes de raso y de terciopelo, debajo de los que se encuentran tantos corazones vacíos. ¿Por qué vienen hasta aquí tantos gentiles-hombres? ¿Por qué no he de ser como ellos, jóven, hermoso, rico y noble? ¿Por qué he de ser Gilberto el cincelador? Envidio á todos esos caballeros.

JUANA. Gilberto!...

GILB. Perdóname, Juana, pero el amor hace á los hombres perversos.

JUANA. Al contrario; ¡os hace á vos tan bueno, tan noble!...

GILB. Te adoro de tal modo, que quisiera morir por tí. Estoy loco! Perdóname todo lo que te he dicho. Es tarde ya y es preciso que te deje. ¡Qué triste es separarse de tí!—Entra en casa. ¿No llevas la llave?

JUANA. No; hace algunos días que se me ha perdido.

GILB. Toma la mía. Hasta mañana. Piensa que hoy todavía soy tu padre, pero que dentro de ocho días seré tu esposo.

La besa en la frente y se vá.

JUANA. Mi esposo! No cometeré ese crimen. El pobre Gilberto me ama... y el otro... ¡Si yo no hubiese preferido la vanidad al amor, no sería tan desgraciada como soy! ¡Soy desgraciada y culpable! Pero ¿alguien viene; que no me vean. (Entra en la casa.)

ESCENA IV.

GILBERTO y el Judío embozado en una capa, con gorro amarillo y trayendo á aquel de la mano.

GILB. Si que te conozco; eres el por Dios judío que hace días anda por

estos alrededores; pero ¿por qué me coges de la mano y me traes aquí?

JUDÍO. Porque solo aquí puedo revelaros lo que me propongo que sepais.

GILB. Pues bien; revélamelo pronto, porque tengo prisa.

JUDÍO. Escuchadme. Hace diez y seis años, la noche en que decapitaron á lord Talbot, acusado de papismo y de alta traicion, fueron destruidos sus partidarios en Lóndres por los soldados de Enrique VIII; el fuego que hicieron contra ellos duró en las calles toda la noche. Un artesano jóven, que se ocupaba más de su trabajo que de la guerra, velaba en la tienda... en la primera que está á la entrada del puente de Lóndres, que tiene una puerta baja á la derecha, en cuya pared aun quedan restos de pintura colorada... Serian las tres de la mañana; se estaban batiendo, y las balas, silbando, atravesaban el Támesis. De pronto llamaron á la puerta de casa del artesano, por cuyas rendijas se veía desde fuera claridad; abrió éste y entró en la tienda un hombre desconocido. Llevaba este hombre en brazos una criatura de pañales, que estaba asustada y llorando. El desconocido la depositó en la mesa y dijo: "Ahí teneis una criatura que no tiene padre ni madre." El artesano, que tambien era huérfano, adoptó á la criatura. Cuidó de ella, la alimentó, la vistió, la educó, concentrando en ella todo su cariño. Olvidó por ella su juventud y sus placeres... De esto hace ya diez y seis años. Gilberto, vos sois el artesano, y la criatura...

GILB. Es Juana. Es verdad lo que me has referido. ¿Pero dónde vas á parar?

JUDÍO. Me olvidé de decir que en los pañales de la niña habia un papel prendido con un alfiler, que decia: "Tened piedad de Juana."

GILB. Estaba escrito con sangre: he conservado ese papel y lo llevo siempre encima de mí, pero... ¿para qué me recuerdas todo eso?

JUDÍO. Para que sepais que estoy enterado de vuestros secretos y para que vigileis esta noche, Gilberto.

GILB. Qué quieres decir?

JUDÍO. Nada más. No vayais á trabajar; permaneced en estas cercanías y velad. Ni soy amigo ni enemigo vuestro, pero os doy este aviso. Ahora, para no estorbaros, dejadme. Idos por este lado, y acudid si oís que pido socorro.

GILB. Qué significa esto?

Se vá lentamente.

ESCENA V.

El JUDÍO solo.

Ahora ya estoy preparado; tengo el hombre que necesito; un hombre jóven y robusto, para que me auxilie en un caso de apuro, y Gilberto es á propósito. Me parece que oigo en el rio ruido de remos y los sonidos de una guitarra... Sí.

Vá al paredon. Se oye una voz lejana que canta al compás de la guitarra; la voz se vá acercando más cada vez á la escena.

VOZ. (Cantando.)

Cuando de noche en mis brazos,
mientras yo te mezo, cantas,
¿oyes lo que mi cariño
te contesta en voz muy baja?
Tu cántico me recuerda
las alegrías pasadas
de nuestros dias mejores.

Canta, vida mia!
canta, canta, canta.

JUDÍO. (Es el hombre que estoy esperando.)

VOZ. (Cantando.)

Cuando sonrien tus labios,
que son preciosos rubies,
el amor queda encantado
de la gracia que despiden.
Tu franca y sonora risa,
tu alma ingénuo describe.

Rie, vida mia!
rie, rie, rie.

Cuando te duermes tranquila
y de noche voy á verte,
oigo que en sueños murmuras
frases tiernas con voz débil,
mientras de tus formas bellas
se vé el tentador relieve.

Duerme, vida mia!
duerme, duerme.

Cuando me dices: "Te amo,"
indispensable es quererte,
porque lo dices de un modo
que al incrédulo convences,
pues chispean tus miradas
el fuego de amor que sientes.

Ama, vida mia!
ámame siempre.

JUDÍO. Ya desembarca... ya despide al gondolero. Perfectamente. Ya está aquí.

El JUDÍO vá al proscenio; FABIANI entra embozado y se dirige á la casa. El JUDÍO le detiene.

ESCENA VI.

El JUDÍO y FABIANI.

JUDÍO. Una palabra, caballero.

FABIANI. Quién eres?

JUDÍO. El que vos querais, señor.

FAB. Este farol alumbrá mal, pero llevas un gorro amarillo y debes ser judío.

JUDÍO. Soy un judío que tiene que hablaros.

FAB. Cómo te llamas?

JUDÍO. Sé vuestro nombre y vos ignorais el mio. Ya que os llevo esta ventaja, permitidme que la conserve.

FAB. Sabes mi nombre?

JUDÍO. En Nápoles os llamais signor Fabiano, en Madrid D. Fabian y en Lóndres lord Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil.

FAB. El diablo cargue contigo!

JUDÍO. Y Dios os guarde á vos!

FAB. Cuida de que no te haga dar de palos, porque no me gusta que sepan quién soy cuando voy solo por la noche.

JUDÍO. Sobre todo cuando os dirigís adonde ahora vais.

FAB. Qué quieres decir?

JUDÍO. Si la reina lo supiese!...

FAB. No voy á ninguna parte.

JUDÍO. Sí, milord; vais á casa de Juana, la prometida esposa de Gilberto el cincelador.

FAB. (Diablo! Este es un hombre peligroso.)

JUDÍO. Os diré más; sé que habeis seducido á esa jóven y que en un mes os ha recibido dos noches en su casa; esta es la tercer noche que os vá á recibir y os espera.

FAB. Cállate, cállate! ¿Con qué cantidad se compra tu silencio?

JUDÍO. De eso ya hablaremos luego. Ahora, milord, ¿queréis que os diga por qué habeis seducido á esa jóven?

FAB. Porque estoy enamorado de ella.

JUDÍO. No, no estais enamorado.

FAB. No estoy enamorado de Juana?

JUDÍO. Lo mismo que de la reina; eso no es amor, eso es cálculo.

FAB. Creo que no eres un hombre, creo que eres mi conciencia convertida en judío.

JUDÍO. Voy á hablaros como vuestra conciencia, milord. Sois favorito de la reina, que os ha condecorado con la orden de la Jarretiera, que os hizo conde

y os dió la señoría, cosas huecas que halagan la vanidad; necesitábais algo más positivo, necesitábais buenas tierras, extensas posesiones, magníficos palacios y cuantiosas rentas. El rey Enrique VIII confiscó las propiedades de lord Talbot, decapitado hace diez y seis años; conseguisteis que la reina os las traspasase, pero para que la donacion real fuera válida, era indispensable que lord Talbot hubiera muerto sin sucesion. Si existiera algun heredero de lord Talbot, como éste murió por la reina María y no por su madre Catalina de Aragon, siendo papista como la reina, es indudable que la reina María os volveria á quitar esos bienes, á pesar de ser su favorito, y se los devolveria al heredero ó heredera de lord Talbot por deber, por gratitud y por religion. Respecto á esto estábais tranquilo, porque lord Talbot solo tuvo una hija, que desapareció en la cuna en la época de la ejecucion de su padre, y que todos en Inglaterra creian muerta; pero vuestros espías descubrieron no hace mucho que la noche en que Enrique VIII exterminó á lord Talbot y á sus partidarios, depositaron misteriosamente una criatura en casa de un cincelador en el puente de Lóndres, y que era probable que esta niña, llamada Juana, fuese Juana Talbot, que desapareció en la época de la muerte de su padre. Las pruebas auténticas de su nacimiento faltaban, es cierto, pero podian encontrarse algun dia, y este incidente os tenia inquieto y disgustado. Verdaderamente es doloroso tener que desprenderse de grandes propiedades, de grandes dominios. ¿Cómo evitar este contratiempo? Encontrando un medio de destruir y de anular á esa jóven: otro hombre la hubiera hecho envenenar ó dar de puñaladas; vos lo habeis hecho mejor, la habeis deshonrado.

FAB. Insolente!

JUDÍO. No hablo yo, habla vuestra conciencia, milord. Otro hombre hubiera arrebatado la vida á Juana, vos le arrebatáis el honor, es decir, su porvenir. La reina es gazmoña, y aparenta virtud que no tiene...

FAB. (Este hombre se vá al fondo!)

JUDÍO. La reina goza de poca salud, puede morir, y entonces vos, que sois su favorito, caeriais bajo su tumba. Las pruebas materiales de la existencia de esa jóven pudieran encontrarse, y entonces, si la reina hubiera muerto, á pesar de haber vos deshonrado á Juana, se la reconoceria como heredera de lord Tal-